Numancia en Arauco: Una lectura de la invención de Galvarino en la segunda parte de *La Araucana* (1578)

Numantia in Arauco: A reading of Galvarino's invention in the second part of *La Araucana* (1578)

SANDRA ACCATINO
UNIVERSIDAD ALBERTO HURTADO, CHILE

Sandra Accatino es Doctora en Filosofía con mención Estética y Teoría del Arte y académica asociada del Departamento de Arte de la Universidad Alberto Hurtado. En sus investigaciones ha abordado imaginarios y dispositivos visuales vinculados a la mnemotecnia y la proyección en Latinoamérica de la Antigüedad y del Renacimiento, Manierismo y Barroco en textos e imágenes. Es autora, entre otros, del libro *Mirar de lejos. Descripciones* (2019).

ABSTRACT

In the *Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reinos de Chile* (1558), Jerónimo de Vivar included the account of a warrior who led the Araucanians in battle with his mutilated arms raised and compared him to the ancient Numantines. This article argues that the same correspondence is concealed and expanded in Galvarino's *inventio* in *La Araucana*. In this equivalence are intertwined the praise to the courage of the people who defend their land and their subsequent annihilation, the warlike superiority of the invaders, and the attenuation of the moral repercussions of the violence exercised by them, through the animalization or the imputation of anthropophagy to the natives.

RESUMEN

En la *Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reinos de Chile* (1558), Jerónimo de Vivar incluyó el relato de un guerrero que condujo a los araucanos en la lucha con sus brazos mutilados alzados y lo comparó con los antiguos numantinos. Este artículo sostiene que la misma correspondencia es sigilada y expandida en la *inventio* de Galvarino en *La Araucana*. En esa equivalencia se entrecruzan el elogio al valor de los pueblos que defienden su tierra y su posterior aniquilación, la superioridad bélica de los invasores y la atenuación de las repercusiones morales de la violencia ejercida por ellos, a través de la animalización o la imputación de antropofagia a los indígenas.

KEYWORDS
Siege of Numantia, *La Araucana*, anthropophagy, mutilation, cannibalism

PALABRAS CLAVE
Cerco de Numancia, *La Araucana*, antropofagia, mutilación, canibalismo

COPYRIGHT © 2025 THE PENNSYLVANIA STATE UNIVERSITY, UNIVERSITY PARK, PA
HTTPS://DOI.ORG/10.5325/CALIOPE.30.2.0163

En la segunda entrega de *La Araucana* (1578), Alonso de Ercilla construyó el personaje de Galvarino como una presencia singular e impresionante. Tomado prisionero después de una batalla, frente al poeta y como "ejemplar castigo / de los rebeldes pueblos" (XXII, 45), sus dos manos le son amputadas. El desdén con el que enfrenta su mutilación, las palabras que dirige a los españoles que la contemplan y ejecutan, su valor y "furia arrebatada" (XXII, 50) lo hacen merecedor de un nombre al interior del poema. Apresado en la siguiente batalla, Galvarino es condenado a suicidarse junto a otros guerreros. Su cuerpo queda "aun a la muerte no rendido" (XXVI, 37), colgando "de los árboles al viento" (XXVI, 22) y asidas a su figura cargada de *pathos*, en la memoria del lector, las palabras que dirige a los españoles en defensa de su libertad (XXII, 52–53), al consejo y a los guerreros (XXIII, 7–14; XXV, 36–40) y antes de morir (XXVI, 35–36). Entrecruzados por las referencias a la *Farsalia* de Lucano y modulados conforme a la tipología de la arenga del bárbaro asentada en la tradición clásica (Janick 96), esos discursos cifran, en el poema de Ercilla, los excesos, los crímenes y la codicia de los conquistadores y le permiten al soldado y poeta cortesano tomar distancia de las vergonzosas acciones ejecutadas (Firbas, "Galvarino y Felipe castigados . . .").

A diferencia de la muerte de Caupolicán, que Ercilla dice conocer a través de otros, el autor incluye su presencia en los dos castigos aplicados a Galvarino. Su inserción como testigo contribuye al efecto vívido y real de los relatos, al igual que el carácter fortuito que da, en medio del tráfago de la guerra, a esas coincidencias.[1] La claridad y eficacia naturalista de los detalles en las escenas en las que interviene Galvarino, los desregulados afectos que conducen sus acciones y sus palabras animan la narración y recrean, al interior del poema, la dinámica de la vida. Vinculados a esos "efectos de verdad", como los llamara Ginzburg (21), y subyacente a ellos, la trama de este episodio y el *ethos* en él expresado van hilando el desarrollo narrativo y modelan la identidad de Galvarino.

En las páginas que siguen sostengo que la trama y los afectos invocados en la *arizteia* de Galvarino han sido conformados según el modelo de la tenaz resistencia de los numantinos frente a la expansión romana. Así, aunque varios autores han relevado la influencia que tuvo *La Araucana* en la composición cervantina de la *Tragedia de Numancia* (1585) (King, Corominas, Rössner, Echeverría, Barás Escolá), este artículo propone que el mismo relato sobre la lucha de los celtíberos que dio origen a la obra de Cervantes otorgó a Vivar y luego a Ercilla un marco conocido, que les permitió tomar distancia y modelar las voces y las reflexiones sobre la violenta experiencia de la guerra de conquista. En ese modelo se entrelazan el elogio a la valentía de los pueblos que defienden su tierra y su posterior destrucción, la superioridad de los

conquistadores y la minimización de las consecuencias morales de la brutal violencia empleada a través de la deshumanización de los indígenas.

El primer apartado de este artículo aborda la construcción del relato que, en la *Crónica* de Vivar, dará origen a la historia de Galvarino y su deuda con la destrucción de la ciudad de Numancia. A partir de esa relación, la segunda parte analiza las elecciones e incorporaciones que hará Ercilla a la figura del indígena mutilado, dándole una complejidad y un espesor propios. El último apartado analiza la construcción de un sistema de equivalencias entre la supuesta antropofagia de los araucanos y las medidas coercitivas y masacres perpetradas por el ejército español.

Morir defendiendo a la patria

En la *Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reinos de Chile* (1558) del soldado Jerónimo de Vivar –que Ercilla utilizó como fuente en *La Araucana* (Gómez Canseco 913) – y en la *Historia de todas las cosas que han acaecido en el Reino de Chile* (1572–1575) del capitán Alonso de Góngora Marmolejo, no se menciona el nombre de Galvarino, aunque ambas relatan historias semejantes a la que éste protagoniza. En consonancia con los escritos de Pedro de Valdivia y de Bartolomé de las Casas, Vivar narra la masacre y la masiva mutilación a indígenas que acompañó el avance del ejército español en las cercanías del río Biobío, un año antes de concluir su manuscrito (Casanova 103–104). A los más de trescientos mapuches que murieron en las ciénagas del río, se sumaron "ciento y cincuenta, a los cuales mandó el gobernador cortar las manos derechas y narices, y algunos les cortaban entrambas manos, y estos enviaba por embajadores a los compañeros que se habían escapado". Diecisiete días después, sin embargo, los araucanos vuelven a enfrentarse con los españoles. En sólo una hora, el ejército del gobernador García Hurtado de Mendoza "rompió trescientos indios" y capturó a más de quinientos (Cap. CXXXIII, 335). Entre ellos

> Contaré de un indio que venía en esta haz que rompió el gobernador, el cual era uno de los que cortaron las manos que he dicho. Venía sargenteando y animando de esta manera:
>
> –"¡Ea, hermanos míos, mira que todos peleéis muy bien, y no queráis veros como yo me veo sin manos, que no podréis trabajar ni comer, si no os lo dan!". Y alzaba los brazos en alto, enseñándolos para provocarlos a más ánimo y diciéndoles:
>
> –"Estos con quien vais a pelear me los cortaron, y lo mismo harán a los que de vosotros tomaren, y nadie permita huir sino morir, pues morís defendiendo vuestra patria". Y adelantábase un trecho del escuadrón solo,

> y decía esto a grandes voces, y que él moriría primero, y que ya no tenía manos, que con los dientes haría lo que pudiese. Quíselo poner aquí por no me parecer razones de indios, sino de aquellos antiguos numantinos cuando se defendían de los romanos. Y aquí se prendió y le mandó el gobernador aperrear.
>
> Entre los presos se hallaron veinte principales, los cuales mandó el gobernador ahorcar, y recibían la muerte con tan lindo ánimo como si fueran a hacer otra cosa de menor importancia que costara menos que la vida, porque ellos mismos pedían la soga y se las ataban y se subían y se dejaban colgar, y aún decían que más valía morir allí como valientes que no servir a los españoles.
>
> Diré de otro indio, o por mejor decir, sepulcro que fue de tres hermanos y de su madre y de su padre, que fue en comerlos a todos. No lo digo por su confesión, sino que otros indios lo dijeron, y aún le temían y huían de él. Y decía que no había hallado carne más sabrosa que la de su madre. Y así todavía se comen. (Cap. CXXXIII, 336)

En la descripción del anónimo guerrero, Vivar retoma la relación que había establecido páginas antes, a partir del "buen orden y concierto" de los escuadrones araucanos. "Paréceme a mí que aunque tuviesen acostumbrado la guerra con los romanos, no vinieran con tan buena orden" (Cap. CIV, 263), había escrito y, tras detallar las ropas, armas y escudos que los araucanos portan en las batallas, su arrogancia, fiereza y cómo no temen y prefieren morir a rendirse, Vivar señalaba: "en lo cual me parece a mí, en los ardides que tienen en la guerra y orden y manera de pelear, ser como españoles cuando eran conquistados de los romanos, y ansí están en los grados y altura de nuestra España" (Cap. LII, 155).

Los españoles que Vivar compara a los araucanos eran los antiguos habitantes de la ciudad celtíbera de Numancia que, tras décadas de batallas intermitentes con los romanos y varios meses de asedio al mando de Escipión, cayó en el 133 a.C. En los pasajes perdidos del *Ab Urbe Condita* (27 a.C. – 14) de Tito Livio, en los *Factorum et dictorum memorabilium* (31) de Valerio Máximo, en la *Epitoma de Tito Livio* (c. 145) de Lucio Aneo Floro, en la *Historia romana* (c.160) de Apiano y en la *Historiarum adversus paganos* (418) de Paulo Orosio, los numantinos fueron elogiados por su valor en las batallas y por optar por el suicidio colectivo, antes que conceder su libertad a los conquistadores. Al mismo tiempo que las noticias sobre la antropofagia a la que habían sido forzados por el hambre durante el largo asedio desdibujaba su humanidad, su valentía, sacrificio y determinación frente a las fuerzas romanas les valieron fama y respeto. El libro de Floro, en particular, debido a su función didáctica y a la

nitidez con la que fijaba caracteres, pasiones y paisajes, contribuyó a su difusión, en la misma medida en que sus ediciones y traducciones aumentaron desde inicios del siglo XVI, para convertirse, hacia finales del siglo XVII, en el segundo autor de la Antigüedad más editado (Burke 137–141). "Las largas batallas de la fiera Numancia" (*longa ferae bella Numantiae*), que abrían el catálogo heroico que Horacio se había excusado de cantar (Oda II, 12), eran conocidas, a su vez, por un vasto público a través de los romances (Schmidt 31, Baras Escolá 19) y tuvieron, en España, durante el siglo XVI, resonancias particulares.

Casi veinte años antes de la redacción de la *Crónica* de Vivar, la gesta de los numantinos había sido relatada por Antonio de Guevara, cronista de Carlos V y obispo de Mondoñedo, en el primer volumen de sus *Epístolas familiares* (1539). En la quinta letra, el conflicto era abordado como un ejemplo moral relativo a los efectos adversos provocados por la envidia, la obstinación y las ambiciones personales de Escipión, que causan la degradación tanto de los celtíberos como de las tropas romanas. Luego, en los mismos años que Ercilla publicó la segunda y la tercera parte de *La Araucana*, había vuelto a ser narrado por el cronista de Felipe II, el erudito fraile Ambrosio de Morales, en su continuación de la *Corónica general de España* de Florián de Ocampo (1574) y mencionado por el poeta Fernando de Herrera, en su *Obras de Garcilaso de la Vega con anotaciones* (1580). Finalmente, en 1582, fue dramatizado en *La tragedia de Numancia* por Miguel de Cervantes. Como ha mostrado Rachel Schmidt en su estudio sobre el desarrollo de la *hispanitas* en los relatos de la caída de Numancia escritos durante el siglo XVI en España, a partir de la versión de Morales, la historia del pueblo celtíbero se vinculó a una identidad nacional basada en los valores militares de valentía, abnegación y fortaleza. Sin embargo, al mismo tiempo que estos escritos admiraban el *ethos* de los numantinos y revindicaban su resistencia a los romanos como un momento fundacional de la historia de la nación, reflejaron y proyectaron en ese enfrentamiento los intereses y los conflictos de los afanes expansivos y unificadores de los Habsburgo, comparables a los emprendidos por Roma hacia el final de la República, y en la "entera destrucción" de los vencidos, los cimientos del propio proyecto imperial.[2]

En un momento en que la identidad de los ibéricos como "españoles" estaba aún construyéndose, las comparaciones que pone en juego Vivar hacen eco, entonces, de la ambivalencia con la que había sido abordada la historia de Numancia en los antiguos registros, la misma que se reflejaba también en los escritos modernos. En su crónica, la analogía entre araucanos y numantinos volvió comparables los hechos de la conquista a las hazañas protagonizadas en Hispania por los romanos al mando de Escipión, dio un carácter heroico y justificó las masacres perpetradas por los conquistadores y, en particular, la mutilación de un guerrero y su posterior muerte. Como esos primeros

"españoles", los araucanos fueron elogiados por su valor y su capacidad guerrera, por su fortaleza y su amor a la patria y a la libertad, a la vez que su condición bárbara y primitiva, señalada por el hábito de la antropofagia y el furor irracional, dio pie a la construcción de un sistema de equivalencias respecto a la crueldad ejercida en las guerras de expansión, que atenuó y justificó las implicaciones morales de sus actos. Cuando Ercilla construya, a partir de las tramas de Vivar, el personaje de Galvarino, esa ambivalencia se volverá un elemento determinante.

En las distintas versiones de la Antigüedad y en los relatos del siglo XVI, Numancia es descrita, tal como señalara Floro, como

> [. . .] la mayor honra de España. Pues, ella sola, que se alzaba junto a un río, en una colina medianamente empinada, sin murallas y fortificaciones, contuvo con cuatro mil celtíberos, durante once años, a un ejército de cuarenta mil. [. . .] Por último, una vez que ya hubo constancia de que era invencible, fue necesario recurrir al que había destruido Cartago. Difícilmente, si se me permite confesarlo, se podría hallar causa más injusta para una guerra. […] Pese a que se habían mantenido lejos de toda participación de los enfrentamientos, recibieron la orden de deponer las armas como precio para un compromiso oficial. Esto fue recibido por los bárbaros como si se les amputasen las manos. (I.34, 198–199)

La enorme desigualdad de los dos ejércitos, la ausencia de riquezas en un territorio agreste y la orgullosa defensa de la libertad hacían a los bárbaros araucanos semejantes a los celtíberos. Ambos pueblos contuvieron, en su momento, "durante mucho tiempo con una fuerza muy pequeña al pueblo reforzado por los recursos del orbe terrestre" (Floro I.34, 202), en guerras que los nativos peleaban, tal como señalaron Vivar y Ercilla respecto a los araucanos, para "defender su patria" (Vivar cap. CXXXIII, 335), como "defensores de su tierra" (Ercilla XXVI, 8).

En su relato, Floro alude a la amputación de las manos como un símil, para que el lector dimensione los efectos que tuvo en los numantinos la amenaza de su sujeción a servidumbre. Perder la libertad es "como si se les amputasen las manos", porque éstas, al igual que la libertad y la inteligencia, distinguen al ser humano del resto de animales. Al asir herramientas y armas, los seres humanos extienden sus capacidades, ejecutan su voluntad y ejercen dominio. Las manos corresponden, escribió Aristóteles, a la contrapartida física de la inteligencia, "por ser el más inteligente de los animales tiene mano" (IV.687ª, 216). Mientras que en la narración de Floro la equivalencia entre la pérdida de la libertad y la mutilación de las manos es sólo metafórica, en el relato de Apiano se vuelve parte de la historia. En su versión, el numantino Retógenes, apodado Caraunio, "el más valiente de su pueblo", logra sobrepasar el cerco

junto a otros guerreros y solicita la ayuda de la ciudad de Lutia. Al enterarse, Escipión amputa las manos de cuatrocientos jóvenes de la ciudad como una medida coercitiva.

La mutilación de las manos era, en las guerras de expansión romana, un instrumento normalizado para la represión de la resistencia indígena. Junto a la esclavización, las masacres, violaciones y destrucciones planificadas, distinguía el avance de los romanos y la recurrencia y crueldad de estas prácticas se acentuaba cuando eran aplicadas contra pueblos extranjeros, de apariencia y cultura distinta (Harris 50, Marco Simón). A partir de ese modelo y a veces evocándolo de manera explícita (Espino López, "Ecos de la Antigüedad clásica…"), el imperio hispano empleó estas medidas de represalia para someter a las poblaciones que enfrentó en las largas luchas de expansión de su territorio, contra el reino nazarí de Granada, en la conquista de las islas Canarias y luego, sobre todo, en América (Espino López, "Granada, Canarias, América . . ."). En todos los casos, su aplicación llevaba implícita la deshumanización de los vencidos. Que "jamás osen los indios dejar de sufrir la aspereza y amargura de la infeliz vida que con ellos tienen, y que ni si son hombres conozcan o en algún momento de tiempo piensen," escribió Bartolomé de las Casas, justo antes de describir mutilaciones semejantes a las relatadas en el episodio que nos ocupa: "muchos de los que tomaban cortaban las manos ambas a cercén, o colgadas de un hollejo, decíanles: 'anda, lleva a vuestros señores esas cartas, conviene a saber, esas nuevas'" (*Historia de las Indias* Lib. II, Cap. VIII, 259).

En el relato de Vivar, el indígena que anima a los araucanos con los brazos alzados para mostrar la amputación de sus manos, que se expone frente al ejército y busca, "adelantándose un trecho del escuadrón solo", "morir primero", recuerda la determinación y petición de los numantinos de luchar, aunque el combate sea desigual y "con una muerte predestinada", antes que verse sometidos. Escipión, sin embargo, "no concedió la batalla a quienes estaban decididos a morir" y los venció por medio del asedio y el hambre (Floro I.34, 201). Como a los celtíberos, también al anónimo araucano de la crónica de Vivar le es negada una muerte digna. Después de la comparación con los numantinos, el soldado indica, "aquí se prendió y le mandó el gobernador aperrear". Éste era, "un género de suplicio" que consistía en "echar perros a alguien para que lo maten y despedacen", utilizado igualmente "contra personas o animales" (*Autoridades*). Sobre el indígena recaen, entonces, dos de las formas más habituales de dar tormento y muerte utilizadas por los españoles durante las guerras de conquista, descritas y representadas en contigüidad también en la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (1552) (42r, 45–45r, 46) y en una de las imágenes de su edición ilustrada por De Bry (fig.1).

FIG. 1

Joos van Winghe y Theodor de Bry. Detalle y grabado de la Narratio regionum Indicarum per Hispanos quosdam devastatarum verissima *de Bartolomé de las Casas. Theodori de Bry & Ioannis Saurii typis, 1598, 95.*

Aunque la muerte del anónimo indígena devorado por los perros es relatada solo por Jerónimo de Vivar, la *Historia* de Alonso de Góngora Marmolejo (1575) y la tardía versión del jesuita Bartolomé de Escobar de la *Crónica del Reino de Chile* de Pedro Mariño de Lobera (c. 1590) mencionan al "indio sin manos" que andaba, en la batalla cercana a la cuesta de Andalicán, "diciéndoles en voz alta que peleasen, no se viesen como él" y describen, luego, el ahorcamiento de varios caciques. Góngora Marmolejo señala que, entre los diez caciques sentenciados, uno de ellos "hombre belicoso y señor principal", "después de haber procurado que le diesen la vida, no pudiéndola alcanzar, . . . viendo que a los demás habían ahorcado, rogó mucho al alguacil que lo ahorcase encima de todos en el más alto ramo que el árbol tenía, porque los indios que por allí pasasen viesen había muerto por la defensión de su tierra" (Cap. XXVI, 249). La *Crónica del Reino de Chile,* en cambio, da el nombre de Libantureo al indígena que solicita que su ejecución se cumpla "en lo más alto del árbol más levantado que se hallare", aunque no menciona la petición de clemencia (Lib. II, Cap. IV, 213). A diferencia de estas versiones, Vivar indica que eran veinte los principales a "los cuales mandó el gobernador ahorcar" y que ellos mismos habían preferido tomar las sogas y ahorcarse por sí mismos.

Al incluir en su relato el suicidio en el cumplimiento de la sentencia, Vivar extendió la comparación entre los araucanos y los numantinos que, de acuerdo con las fuentes antiguas y modernas, habían preferido esa muerte para no concederle el triunfo al ejército de Escipión. "Cuando la situación de Numancia era insostenible", indicó Valerio Máximo, bajo el ejemplo de Retógenes, "que aventajaba a todos sus conciudadanos en nobleza, riqueza y honores", prendieron fuego a sus bienes, tomaron sus espadas y combatieron entre ellos

hasta que, muertos todos, él mismo se arrojó sobre las llamas (III.2.7, 222).[3] Aunque vencida, indica Floro, la antigua ciudad celtíbera "no dejó al enemigo gozo alguno . . . El triunfo fue solamente de nombre" (I.17, 202). "Quisieron los dioses que acabase, mas no que se venciese", apuntó Guevara en su epístola (Lib. I, fol. XIII). A diferencia de la narración lascasiana del suicidio colectivo en La Española, en el que los indígenas "de desesperados", "ahorcábanse maridos y mujeres y consigo ahorcaban los hijos" (*Brevísima* 12) y del relato de la sentencia ofrecido por los otros dos cronistas del Reino de Chile, en el relato de Vivar los araucanos conforman su actitud a la de los numantinos. Se suicidan y mueren "allí como valientes, que no servir a los españoles" (Cap. CXXXIII, 336).

La invención de Galvarino

Cuatro años antes de la publicación de la segunda parte de *La Araucana*, en 1574, Ambrosio de Morales publicó la continuación de la *Corónica general de España*. Como Cervantes, que extrajo de ella la documentación para *La tragedia de Numancia* (Baras Escolá 18–19), Ercilla pudo haber leído en esa difundida y erudita crónica los extractos de las versiones del cerco de Numancia de Floro, Apiano, Valerio Máximo y Orosio. En ese relato de la historia, lectores avisados—como el autor de *La Araucana*, Cervantes y el poeta Fernando de Herrera—vieron reflejados los conflictos e intereses que habían rodeado la unificación y la expansión ibérica y advirtieron la importancia que habían tenido quienes, al escribir sobre los hechos de Numancia, los habían salvado del olvido. "Aunque son sus historiadores de los romanos, . . . dan en ellos tanta gloria a los nuestros, que si nosotros lo escribiéramos, no nos la pudiéramos atribuir mayor", escribió el cronista de Carlos V, y aseguró que "será muy notable y muy digno de memoria todo lo que de ella se contara" (Morales Lib. VIII, 2).

En consonancia con el discurso de Morales, en su comentario de la Égloga segunda de Garcilaso, Fernando de Herrera lamentó que el valor de los numantinos hubiera sido narrado por los romanos, a quienes "le entregamos los despojos de la memoria de aquellos invencibles caballeros" (615). Comparables en valentía y arrojo a los numantinos, los hispanos que han protagonizado las modernas batallas contra los turcos y las guerras de expansión—y entre ellos, menciona a Hernán Cortés—, arriesgan que sus hazañas sean olvidadas, pues no les han dedicado escritos "con inmortal estilo a la eternidad de la memoria" (615). Cinco años después, Cervantes concluyó *La tragedia de Numancia* con la Fama anunciando que con su canto preservará de la muerte y del "curso de los tiempos tan ligeros", "el fuerte brazo y ánimo constante" de los numantinos, "la fuerza no vencida, el valor tanto, / digno de en prosa y verso celebrarse" (2438–2446).

También Ercilla incluyó en *La Araucana* descripciones elogiosas de los araucanos que, de manera implícita, hacían eco a los hechos de Numancia. Como los celtíberos, los indígenas son caracterizados en el prólogo como "bárbaros" que, a pesar de estar rodeados de poblados y fuertes españoles, con "gran constancia y firmeza han defendido su tierra", "con puro valor y porfiada determinación" han "redimido y sustentado su libertad" (13). Nueve años después, cuando publicó la segunda parte del poema, en los primeros versos del canto en el que Galvarino conduce a los araucanos mostrando sus brazos mutilados, Ercilla celebró una vez más su disciplina, obediencia, lealtad y entereza, tal como habían hecho los historiadores romanos e hispanos respecto a los numantinos. Los araucanos, escribió, han obtenido de manera innata lo que con dificultades "alcanzaron por curso de la guerra / los más famosos hombres de la tierra" e invitó a los escritores a reparar en ellos, en vez de alabar y engrandecer a otros (XXV, 1–2). Al igual que Valerio Máximo y Apiano, que hizo que perdurara el nombre de Retógenes Caraunio, él le dio un nombre y rescató del olvido al anónimo araucano que Vivar describió en su crónica:

> No es bien que dejemos en el olvido
> el nombre de este bárbaro obstinado,
> que por ser animoso y atrevido
> el audaz Galvarino era llamado.
> (XXII, 54)

Antes de seguir deshilando las historias entrecruzadas de numantinos y araucanos, quisiera detenerme en el nombre Galvarino. Tal como hemos visto, Apiano menciona en su *Historia de Roma* a Retógenes, "un numantino apodado Caraunio", a quien describió como "el más valiente de su pueblo" y que encabezó la frustrada petición de ayuda a los habitantes de Lutia, a cuyos jóvenes les amputan las manos (182). Aunque, al igual que Floro, Valerio Máximo no menciona este episodio, incluye el relato de un numantino también llamado Retógenes, "que aventajaba a sus conciudadanos en nobleza, riquezas y honores", como ejemplo de aquellos que adquirieron "su entereza de ánimo" no por medio "de las letras y de la enseñanza", sino que "le bastó como maestra la fiereza de su gente para adquirir un valor semejante". Bajo sus órdenes, los numantinos quemaron la ciudad y se aniquilaron a sí mismos (III.7, 221). En su *Corónica*, Ambrosio de Morales, probablemente a partir de la versión en castellano de Hugo de Urríes de Valerio Máximo (fol. LXXXVIII), llama Teógenes a ese "principal numantino". Al igual que los caciques de la crónica de Vivar que prefieren "morir allí como valientes que no servir a los españoles", Teógenes/Retógenes abre, en el relato de Morales, los combates individuales entre los guerreros "por morir como valiente" y luego "como vencedor de sí

mismo", se arroja "a las llamas más encendidas" (VIII.10.5, 45). Además de modificar el nombre de este último guerrero, la crónica de Morales altera el del numantino de alto rango a cargo de la expedición a Lutia. Aunque mantiene el nombre de Retógenes, cambia el apelativo "Caraunio" y lo transforma en "Caravino" (VIII.9, 41), que más tarde utilizará Cervantes en uno de los personajes de *La tragedia de Numancia*.

Siete años antes que Cervantes, y también probablemente a partir de la lectura de Morales, Ercilla pudo crear un nombre cuya sonoridad recordara al del líder celtíbero, para nombrar al anónimo araucano que Vivar había comparado con los numantinos. Ya en "Cervantes y Ercilla", Juan M. Corominas había advertido "el parecido poético y fonético de algunos nombres" de los personajes de las obras de Cervantes respecto a los de *La Araucana*. Entre los personajes mencionados por Corominas y que "incluso tienen parecido en su papel dramático", señaló a Galvarino, en *La Araucana* y Caravino, en *La tragedia de Numancia* de Cervantes (18). Mientras Corominas consideró que el nombre del numantino era una derivación del personaje de Ercilla, es probable que la similitud del nombre y del rol asignado se debe a la lectura compartida de la *Corónica* de Morales o bien, en el caso de Ercilla, de otra obra deudora de la del cronista del rey. Aun así, Cervantes, que leyó *La Araucana,* pudo reconocer, en distintos episodios de su primera y segunda parte, el modelo común de Numancia y haberla utilizado, a su vez, para la construcción de algunos de los personajes y tramas de su obra.

En la *inventio* que Ercilla hace de Galvarino, los hechos que Vivar fue urdiendo a partir de la comparación entre Arauco y Numancia son condensados y vueltos a hilar en torno al indígena. En su versión, solo a Galvarino y no a ciento cincuenta araucanos, le han cortado las manos. En vez de morir en cinco palabras, despedazado y devorado por los perros, Galvarino es ahorcado junto a doce caciques—y no veinte, como en Vivar, o diez, como en Góngora Marmolejo– y en dieciséis octavas. Mientras que de la crónica de Vivar se desprendía que el suicidio había sido elegido por los araucanos, el poeta enfatiza que la "cruda sentencia", el "modo de matar jamás usado" (XXVI, 23 y 32) fue impuesto por los españoles. La *Historia* de Góngora Marmolejo y la *Crónica* de Mariño de Lobera no mencionan que el ahorcamiento haya sido ejecutado por los propios araucanos, pero refieren, en cambio, el discurso de uno de los caciques, y el primero, la petición de clemencia que lo habría antecedido. Ercilla incorporará esta última en su trama para dar voz a Galvarino en la respuesta a ese cacique, su arenga final.

Si bien el discurso que Galvarino da a araucanos y españoles, "sin respeto ni miedo de la muerte . . . mirando a todos" (XXVI, 190–191), se ciñe a la forma ejemplar de los discursos de los bárbaros, con la consiguiente exhortación a favor de la libertad, la decisión de morir por las propias manos y la declaración de que "muertos podremos ser, mas no vencidos, / ni los ánimos rebeldes

oprimidos" (XXVI, 199–200), coincide con la fórmula que los distintos autores habían asociado, desde la Antigüedad, a la resistencia de Numancia, "pereció muerta con sus manos, y nunca vencida", en la versión de Ambrosio de Morales (VIII.10.5, 45). A ella recurrirá Ercilla en las palabras finales que le dedica a Galvarino, último guerrero en morir, "aun a la misma muerte no rendido" (Ercilla XXVI, 37), al igual que el protagonista numantino "vencedor de sí mismo" (Morales VIII.10.5, 45) en el suicidio.[4] Por otra parte, aunque su muerte sea por ahorcamiento, en la arenga de Galvarino "el fin honroso de una honrosa espada" (Ercilla XXVI, 28) tiene un lugar destacado y rememora la muerte por espada que Retógenes/Teógenes elige para su pueblo,

> cuando el justo fin no consigamos,
> tenemos en la espada la confianza
> que os quitará, en nosotros convertida,
> la gloria de poder darnos la vida.
> (Ercilla XXVI, 26)

Tanto en las crónicas como en *La Araucana*, la referencia al número exacto de "principales" que el gobernador García Hurtado de Mendoza mandó ahorcar –veinte, diez, doce– opera como un detalle probatorio de la veracidad de la escena que los autores dicen haber presenciado. Ercilla anota que fueron escogidos entre los presos "doce, los más dispuestos y valientes, / que en las nobles insignias y vestidos / mostraban ser personas preeminentes" (XXVI, 22). Aunque la diferencia contable no altera el relato de la historia, la inscripción del número doce es una señal de sentido importante. En el sistema de valores y correspondencias numéricas que la Antigüedad y la Edad Media habían construido, doce no indicaba solo una docena de unidades, sino de un conjunto completo (Pastoreau 24). Formado a partir de la multiplicación del tres y del cuatro, dos números que apuntaban a la perfección y a la totalidad de lo creado, con el doce "muchas veces se expresa la totalidad", indicó Agustín de Hipona (*Civ. Dei* XX.5).[5]

Al interior de la historia de Galvarino, el número doce en la escena del suicidio no es cuantitativo, sino que cualitativo y sugestivo. A través de su mención, Ercilla dotó a la escena del ahorcamiento de un espesor y de unas implicaciones colectivas que refuerzan el significado que el indígena había dado a su cuerpo mutilado frente al consejo de su pueblo. Como han mostrado Casanova y Firbas en sus respectivos estudios, cada vez que Galvarino se presenta lo hace como "una parte de un colectivo mayor, el pueblo araucano", que "no es a él en cuanto individuo a quien se ha mutilado, sino a todo el pueblo araucano, como quiera que él no es más que un miembro de su Comunidad" (Casanova 105), y que, en definitiva, su cuerpo mutilado debe ser interpretado "como amenaza de desarticulación del cuerpo social

indígena" (Firbas, "El cuerpo mutilado…" 843). Así, el ahorcamiento de los doce hombres preeminentes actúa como énfasis y cumplimiento de lo que Galvarino había expresado frente al consejo araucano. "Mirad", dijo,

> lo que en mí el tirano os representa,
> jurando no dejar cacique alguno
> sin desmembrarlos todos uno a uno.
> (XXIII, 8)

Desmembramientos, antropofagia

En sus estudios del episodio de Galvarino, Firbas y Casanova mostraron cómo su mutilación no es solo un testimonio del horror, sino también un emblema del desmembramiento social (Firbas, "El cuerpo mutilado . . ." 843–844). Sometida a la violencia de la guerra de conquista, como un cuerpo sin manos, la sociedad indígena arriesga la capacidad de ejecutar su voluntad y de ejercer su dominio (Casanova 104–110). Disgregada y subyugada, pierde los atributos que distinguen al ser humano de los animales, tal como les hace ver, en medio de la batalla, Galvarino, mientras sargentea y levanta "los troncos aun sangrientos", "el daño general representando" en su cuerpo (XXV, 35):

> Que, si en esta batalla sois vencidos,
> la ley perece y libertad se aterra,
> quedando al duro yugo sometidos
> inhábiles del uso de la guerra,
> pues con las brutas bestias siempre unidos
> habéis de arar y cultivar la tierra
> (XXV, 38)

También en los relatos de la gesta de Numancia, los de la Antigüedad y los del siglo XVI, las condiciones extremas de la guerra implicaron la deshumanización de "la pequeña ciudad bárbara" que había sobresalido por su "amor a la libertad y el valor" (Apiano 184). El historiador alejandrino indicó que solo "rehusando llegar a las manos con fieras y rindiéndolos por hambre, mal contra el que no se puede luchar", logró Escipión "capturar a los numantinos". Después de meses de aislamiento, éstos adquirieron rasgos bestiales. "Una mutación radical en su carácter" los conduce al homicidio, la antropofagia y finalmente al suicidio colectivo (Apiano 183–184).

> Los numantinos, que ya de siempre tenían un espíritu salvaje debido a su absoluta libertad y a su falta de costumbre de recibir órdenes de nadie, . . . al faltarles la totalidad de las cosas comestibles, . . . comieron carne humana cocida. . . . Se volvieron salvajes de espíritu a causa de los alimentos y semejantes a las fieras en sus cuerpos, a causa del

> hambre, de la peste, del cabello largo y del tiempo transcurrido . . . estaban sucios, llenos de porquería, con las uñas crecidas, cubiertos de vello y despedían un olor fétido; . . . mostraban en sus rostros la cólera, el dolor, la fatiga y la conciencia de haberse devorado los unos a los otros. (Apiano 183–185)

El mismo proceso de degradación de los celtíberos fue narrado en 1539 por Antonio de Guevara, en sus *Epístolas familiares*. "Cosa monstruosa fue entonces de ver, como ahora de oír", escribió el cronista de Carlos V, "que así andaban los numantinos cada día a caza de romanos, como cazadores al ojeo de conejos, y tan sin asco comían y bebían de la carne y la sangre de los enemigos [. . .] como fieros animales" (Lib. I, fol. XIIv).

La antropofagia de los numantinos permite explicar que la comparación entre estos y las valientes gestas de los araucanos concluya, en el relato de Vivar, con la mención de ese "otro indio" que "sepulcro que fue de tres hermanos y de su madre y de su padre, que fue en comerlos a todos" (336), una anotación que, de otro modo, sería incoherente y extemporánea, si se considera que unas páginas antes Vivar había descrito varios episodios de canibalismo entre los araucanos, cuando abordó los efectos que la hambruna causada por la devastación de los campos y la guerra había provocado entre ellos (Cap. CXXIV, 314; Cap. CXXVI, 317).[6]

En tanto marca de la más radical otredad, la antropofagia fue asociada desde la Antigüedad a los pueblos hábiles en defenderse, belicosos y sublevados, renuentes a su absorción por parte del aparato colonial griego, romano o moderno. En América, la imputación de canibalismo—un término nacido de la expansión hispana—fue uno de los argumentos esgrimidos por cronistas y juristas, desde los inicios de la conquista, para su legitimación (Arens 43–80; Todorov 183–206, Mason, Jáuregui 90–99), "uno de los achaques que los españoles tomaban para saltear y captivar las gentes de por allí era si comían carne humana", escribió Las Casas (*Apologética* 552). Cuando Vivar señala, entonces, respecto al indio que había sido "sepulcro" de su familia "en comerlos a todos", que "otros indios lo dijeron, y aún le temían y huían de él. . . .Y así todavía se comen", está haciendo eco de los argumentos del teólogo dominico Francisco de Vitoria que, veinte años antes, había sostenido que el deber cristiano obligaba a proteger a las víctimas de la violencia y muerte injusta que suponía ser comido u ofrecido en sacrificio (Vitoria 144, Castañeda).

Tal como ha señalado Daniel Baraz (143–176), las masacres y las atrocidades cometidas durante las guerras de religión en Europa y en la conquista de América, al mismo tiempo que expandieron las formas de crueldad, implicaron una transformación en las actitudes hacia esta y en las maneras en que fue representada. Se difuminaron las diferencias entre las culturas y, por primera vez, se compararon las prácticas y los grados de la crueldad. Los imaginarios

asociados a la antropofagia-desmembramiento de los cuerpos, con sus partes aún reconocibles esparcidas por suelo, puestas sobre el fuego y devoradas—fueron entonces comparados o sirvieron de contrapeso a la violencia desmedida y a las nuevas formas de crueldad empleadas por los conquistadores, "modo de matar jamás usado" (XXVI, 31), como escribió Ercilla, a propósito de la muerte de Galvarino.

Si el despedazamiento de cuerpos humanos y la experiencia de un placer ominoso habían vinculado el canibalismo a la crueldad, la mutilación de las manos de los indígenas y la detallada descripción de sus efectos, así como la incorporación de observadores que asistían a su espectáculo y de perros que los devoraban, los volvieron actos similares. Por esta razón, los relatos lascasianos de las masivas mutilaciones practicadas a indígenas y los dos grabados que las representan en la edición ilustrada de la *Brevísima relación* se conformaron a partir de imaginarios antropófagos. Si en el primer grabado (fig. 1), al igual que en la historia del araucano relatada por Vivar, los indígenas mutilados son dados en alimento a los perros, en el segundo (fig. 2), la figura en escorzo del hombre colocado sobre fuego recuerda tanto los martirios de los primeros cristianos (Burucúa y Kwiatkowski 117–120), como las "cocinas caníbales" que los grabados de *Americæ pars tertia* (1592) de De Bry habían contribuido a difundir.

FIG. 2

Joos van Winghe y Theodor de Bry. Narratio regionum Indicarum per Hispanos quosdam devastatarum verissima *de Bartolomé de las Casas. Theodori de Bry & Ioannis Saurii typis, 1598, 12.*

En crónicas y poemas de la conquista, la caracterización de los indígenas como caníbales justificó su sujeción y aniquilación, al mismo tiempo que permitió contrarrestar el valor, la fuerza y la determinación con la que estos habían sido caracterizados para enaltecer a los vencedores. En el escrito de Vivar, a la luz de la comparación entre araucanos y numantinos, la amenaza que dirige el anónimo indígena a los españoles en el campo de batalla, de atacarlos a pesar de ya no tener "manos, que con los dientes haría lo que pudiese", puede ser leída como una huella residual de la antropofagia que, en los relatos de Apiano y de Guevara, se volvía en primer lugar contra los conquistadores.

La importancia de la antropofagia en la posterior construcción que Ercilla hace de Galvarino no es menor. En su relato, cada vez que Galvarino actúa imbuido de violenta ira, expresa su deseo de devorar a los conquistadores o a sus aliados. Tras la amputación de sus manos, pide a los españoles que sieguen su "garganta / siempre sedienta de la sangre vuestra" (XXII, 47) y se arroja luego al suelo y muerde sus "desangrados troncos con los dientes" (XXII, 49). Luego, cuando el araucano ve pasar un esclavo "cargado con un bárbaro despojo", se lanza contra él y "como encarnizada bestia fiera", "a bocados [. . .] se le comía" (XXII, 51).[7] Cuatro cantos después, enfrentado a su muerte, indica a sus captores que solo lamenta, al morir, "no veros primero hechos pedazos / con estos dientes y troncados brazos" (XXVI, 27).[8]

En las siguientes versiones de la historia de Galvarino, escritas en crónicas y poemas bajo el patronazgo de García Hurtado de Mendoza y sus familiares, las características y comparaciones que vuelven a los araucanos similares a bestias irracionales, caníbales y demonios fueron exacerbadas. De igual manera, los hechos y atributos que ennoblecían a Galvarino fueron opacados o suprimidos, para dar una mayor dimensión a la figura del entonces gobernador, que Ercilla tildó de "mozo capitán acelerado" (XXXVII, 70).[9] La equivalencia con los numantinos, que Jerónimo de Vivar había desarrollado en una secuencia de varios relatos independientes que combinaban, en un primer momento, el valor del indígena mutilado, su defensa de la libertad y su frustrado deseo de morir en batalla; la entereza de los caciques araucanos frente a su muerte, en segundo término, y finalmente, el recuerdo de un episodio de antropofagia de "otro araucano", y que Ercilla había reelaborado y encubierto en la invención de Galvarino, se disuelven en esos textos posteriores hasta desaparecer.

En la versión de la *Crónica del Reino de Chile,* de Mariño de Lobera reescrita por Escobar, cuando Galvarino levanta los ensangrentados "brazos sin manos . . . para incitar a ira y coraje de los suyos", es comparado con los furiosos elefantes que acompañaron a las tropas de Eupátor en Bet-zacarías (1 Mac 6.33), que "les ponían ante los ojos un licor como sanguíneo … que con la sangre o la apariencia de ella se levanta el ánimo y se remueve el brío, aun de los mismos irracionales" (212). En el poema *Arauco domado* (1596), el

criollo Pedro de Oña describe a Galvarino como un guerrero "de mal respeto / de mala inclinación, enorme y crudo, . . . soberbio en condición, humilde en casta, / y a todo bien ingrato" (X, 70). La infamia que Ercilla atribuyó a los soldados españoles cuando, "con crueles armas y actos inhumanos", masacraron a los indígenas que se habían ya rendido y ejecutan a Galvarino y a los otros guerreros con el "castigo injusto" es traspasada al "traidor" e "impío Galvarino" (IX, 68) que asesina "a rostro vuelto" (X, 68–69) a Guillén y se contrapone a Orompello, de "noble pecho generoso", que había defendido al español (IX, 64) y profetizado el corte de las "manos crudas, aviltadas" del indígena (IX, 73). Si en *La Araucana* Ercilla afirmaba que había participado como testigo presencial en la mutilación y el ahorcamiento de Galvarino y había intervenido en esta última sentencia para que no se ejecutara, Oña lo hace participar en la captura del indígena (XI, 108) y no en su defensa. De igual manera, tanto en este poema como en la comedia que compondrá Lope de Vega a partir de su trama, los discursos y arengas de Galvarino no tienen la altura moral que habían alcanzado en *La Araucana*. Por otra parte, la muerte del indígena, al igual que el ahorcamiento de "los más dispuestos y valientes" (XXVI, 22), es omitida.

Conclusiones

En el poema de Ercilla, la destrucción de Numancia contribuyó a forjar la historia de Galvarino y a modelar el distanciamiento crítico del poeta frente a las acciones vergonzosas del ejército español, sin que ello redujera su adhesión a la expansión ultramarina del imperio. Como Floro, que señaló que la guerra de los invasores fue injusta en sus causas y que el valor y la dignidad de los numantinos hicieron "más culpables y graves las sinrazones y rigores que los romanos usaron después con ellos" (Morales Lib. VIII, 4), Ercilla trazó su actuación en el poema en contigüidad con Galvarino, y se alejó de la crueldad deshumanizadora de la empresa colonial. Bajo el signo del "yo presente" (XXII, 45–46), se conmovió por el sufrimiento del guerrero (XXII, 50), se ubicó junto a él (XXII, 51) y actuó en su defensa, fue mirado por él y se mantuvo "a par de él", hasta que fue forzado a retirarse (XXVI, 24, 29). Por otra parte, en el relato de los historiadores romanos, aunque la violencia y los hechos extremos que condujeron a la destrucción de Numancia fueron nefastos, también fueron inherentes a la consolidación del Imperio. "Hasta aquí el pueblo romano fue esclarecido, eminente, piadoso, íntegro y excelso; el resto del período, si bien magnífico, fue también más turbulento y vergonzoso, al crecer los vicios con la propia grandeza del Imperio", escribió Floro, en líneas que podrían describir el devenir transatlántico del Imperio español. Los primeros cien años de anexiones territoriales, señalaba luego Floro, fueron "áureos, como cantan los poetas, los cien siguientes, en verdad de hierro y de sangre" (Lib. I.34, 203).

El "terrible rigor" que caracteriza a Escipión (Morales Lib. VIII, 4), su obstinación e inclemencia, ofrecieron a Ercilla un modelo para inscribir, en la historia humana de la expansión de los Habsburgo, la soberbia del "mozo capitán acelerado" y la crueldad de los soldados españoles frente a los indígenas vencidos, las mismas que Craig Kallendorf asoció al actuar de Eneas frente a Turno, sobrepasado por la ira y el deseo de venganza (100). Tal como señaló Kallendorf respecto a la *Eneida* y *La Araucana* (75–76), también en las narraciones sobre el asedio de Numancia de Valerio Máximo, Floro y Apiano, la victoria y la absorción de los territorios conquistados implicaron el dolor y la destrucción de sus oponentes, al mismo tiempo que permitieron que esas "otras voces" (*further voices*) se escucharan en sus relatos y cuestionaran y matizaran los objetivos del Imperio. Esas matrices bien conocidas de expansión imperial, *La Eneida* y también la caída de los celtíberos, consintieron que Ercilla creara, por otra parte, una distancia respecto a sus propias experiencias en la guerra de conquista. Dispuestas en brillante y vívida variación, la mutilación y muerte del indígena al que llamó Galvarino y las "tantas asperezas" vividas por el poeta pudieron ser contadas entonces en octavas reales, tal como la historia de Numancia había sido relatada por quienes la habían conquistado.

NOTAS

Este artículo se enmarca en el Proyecto de Investigación FONDECYT 1241194 (2024–2027). Investigadora responsable: Sandra Accatino. Co-investigadoras: Sarissa Carneiro (Universidad Católica) y Ana María Risco (Universidad Alberto Hurtado).

1
Sobre el carácter testimonial en este episodio, Firbas "Una lectura de la violencia". Para una lectura de la construcción del rol de testigo de Ercilla y su evolución a lo largo de las tres partes del poema, Plagnard.

2
La compleja construcción de la identidad nacional española en el imperio Habsburgo y su ambivalente proyección en *La destrucción de Numancia* de Cervantes ha sido abordada por numerosos autores. Para una síntesis de esas investigaciones y una lectura relativa a la fluctuante identificación de lo español con el valor de los numantinos (y, por consiguiente, también con su naturaleza primitiva e irracional) y con la prudencia, ingenio y poderío bélico de los romanos (y, por lo tanto, con su ciego orgullo, su comportamiento tiránico y su fracaso frente a los numantinos del pasado y del futuro), véase Armstrong-Roche. Otras lecturas concordantes ya aludidas en este artículo, King, Schmidt y Baras Escolá.

3
En el libro IV de la *Farsalia*, Lucano relata un enfrentamiento con características semejantes. En él, Vulteyo exhorta a los sobrevivientes de su nave a cometer un suicidio colectivo por medio de una lucha entre ellos (476–520), para evitar el deshonor de la rendición y la esclavitud.

4
Varios autores han estudiado los vínculos entre *La Araucana* y las tragedias neosenecanas de las décadas de 1570 y 1580, como *La Numancia* de Cervantes. Véase Serrano Guevara, Blanco, Choi y Valencia.

5
Doce son los signos del zodíaco, los meses, las tribus de Israel y las puertas de la Jerusalén Celeste, los hijos de Jacob, los apóstoles, etc.

6
Sobre la antropofagia forzada por la guerra entre los pueblos mapuche, véase Donoso. Respecto a la antropofagia ritual, Bengoa 238–242, Boccara 156–160.

7
Ercilla pudo haber ideado este episodio a partir de la fusión y reelaboración de otro ejemplo de "entereza de ánimo" relatado por Valerio Máximo en los *Dichos y hechos memorables* a partir la narración de Tito Livio en la *Historia de Roma* (Lib. XXII.51.9), algunas páginas antes de describir el valor de Retógenes y los numantinos (Lib. III.2.11). En la traducción de Hugo de Urríes de Valerio Máximo, se lee que cuando un númida intentó quitarle las armas, un soldado romano "teniendo cortadas cerca las manos se allegó al numidiano y con sus brazos lo echó en tierra y con los dientes le cortó las narices y las orejas y le gastó toda la cara" (fols. LXXX–LXXXv.). Galvarino se abalanza sobre el esclavo que carga las armas araucanas, y "sobre el húmido suelo le tendía / y, con los duros troncos desangrados, / en las narices y ojos le batía. / Al fin, junto a nosotros, a bocados, / sin poderse valer se le comía" (XXII, 50–51).

8
También Rengo declara que no descansará hasta ver a "la nación española destruida / y esa vuestra carne y sangre odiosa / pienso hartar mi hambre y sed rabiosa" (XXII, 269–271). Ercilla incluye, además, varias comparaciones cinegéticas en las distintas batallas. En algunas de ellas, como en el relato de la batalla de la cuesta de Andalicán,

los españoles al mando de Francisco de Villagrán son transformados en presas: los araucanos, escribe, "estaban como lobos carniceros /sobre la mansa oveja desmandada" (VI, 4).

9
Sobre la demonización de los indígenas y la figura de Galvarino en *Arauco domado,* véase Accatino.

OBRAS CITADAS

Accatino, Sandra. "Infierno y guerra. Imágenes del Leteo y del Flegetonte en *Arauco domado* de Pedro de Oña (1596)." *Revista Chilena de Literatura*, no. 106, 2022, pp. 79–105.

Agustín de Hipona. *La ciudad de Dios. Libros XVI –XXII*. Gredos, 2023.

Apiano. *Historia Romana. Vol. I*. Gredos, 1980.

Aristóteles. *Partes de los Animales, Marcha de los Animales, Movimiento de los Animales*. Gredos, 2000.

Arens, William. *The Man-eating Myth: Anthropology and Antropophagy.* Oxford University Press, 1979.

Baras Escolá, Alfredo, editor. Miguel de Cervantes, *Tragedia de Numancia*. Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2009.

Baraz, Daniel. *Medieval Cruelty. Changing Perceptions, Late Antiquity to the Early Modern Period.* Cornell University Press, 2003.

Bengoa, José. *Historia de los antiguos mapuches del sur: desde antes de la llegada de los españoles hasta las paces de Quilín: siglos XVI y XVII*. Editorial Catalonia, 2003.

Boccara, Guillaume. *Los vencedores: Historia del pueblo mapuche en la época colonial*. Línea Editorial IIAM-Universidad Católica del Norte/Universidad de Chile, 2007.

Blanco, Mercedes. "Un episodio trágico en *La Araucana*: la traición de Andresillo." *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, vol. 45, no. 1, 2020, pp. 33–62.

Burke, Peter. "A Survey of the Popularity of Ancient Historians, 1450–1700." *History and Theory*, Vol. 5, no. 2, 1966, pp. 135–152.

Burucúa, José Emilio y Nicolás Kwiatkowski. *"Cómo sucedieron estas cosas." Representar masacres y genocidios.* Katz, 2014.

Casas, Bartolomé de las. *Apologética historia sumaria. Tomo II*. UNAM, 1967.

_____. *Brevissima relacion de la destruycion de las Indias…* Sebastián Trugillo, 1552.

_____. *Historia de las Indias. Vol. 2*. Fondo de Cultura Económica, 1981.

Casanova, Wilfredo. "La Araucana, epopeya de las manos." *Bulletin Hispanique*, vol. 95, no. 1, 1993, pp. 99–117.

Castañeda, Felipe. "La antropofagia en Francisco de Vitoria." *Ideas y Valores*, vol. 126, 2004, pp. 3–18.

Choi, Imogen y Felipe Valencia. "The Tragedy of Women in Power: La Araucana and Sixteenth-Century Neo-Senecan Theatre. *La Araucana* (1569–2019)", *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, editado por Emiro Martínez-Osorio y Paul Firbas, vol. 45, no. 1, 2020, pp. 63–92.

Corominas, Juan M. "Cervantes y Ercilla." *Cervantes and the Renaissance,* editado por M. D. McGaha. University of Delaware, 1980, pp. 11–22.

Donoso Rodríguez, Miguel. "Del rito al hambre: La antropofagia en dos crónicas chilenas del siglo XVI." *Taller de letras*, vol. 1, 2012, pp. 51–61.

Echeverría, Evelio. "Influencia de Ercilla en *La Numancia*, de Cervantes." *Cuadernos Hispanoamericanos*, no. 430, abril 1986, pp. 97–99.

Ercilla, Alonso de. *La Araucana*, editado por Luis Gómez Canseco, RAE, 2022.

Espino López, Antonio. "Granada, Canarias, América. El uso de prácticas aterrorizantes en la praxis de tres conquistas, 1482–1557." *Historia,* vol. 45, no. 2, 2012, pp. 369–398.

_____. "Ecos de la Antigüedad clásica y aforismos militares en los cronistas de la conquista de México." *Historia*, 55-1, 2022, pp. 9–42.

Firbas, Paul. "El cuerpo mutilado y el género épico en la colonia." *Libro de homenaje a Luis Jaime Cisneros*, editado por Eduardo Hopkins Rodríguez, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2002, pp. 832–846.

_____. "Galvarino y Felipe castigados: cuerpos indígenas y género épico en Pedro

de Oña y Juan de Miramontes Zuázola." *Morada de la palabra: homenaje a Luce y Mercedes López-Baralt*, editado por William Mejías-López. Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 2002, pp. 655–666.

_____. "Una lectura de la violencia en *La Araucana* de Alonso de Ercilla." *La violencia en el mundo hispánico en el Siglo de Oro*, editado por Juan Manuel Escudero y Victoriano Roncero, Visor, 2010, pp. 91–105.

Floro, Lucio Anneo. *Epítome de la Historia de Tito Livio*. Gredos, 2000.

Ginzburg, Carlo. *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*. Fondo de Cultura Económica, 2010.

Gómez Canseco, Luis, editor. Alonso de Ercilla, La *Araucana*. RAE, 2022.

Góngora Marmolejo, Alonso de. *Historia de todas las cosas que han acaecido en el Reino de Chile y de los que lo han gobernado.* Editado por Miguel Donoso Rodríguez, Editorial Universitaria, 2019.

Guevara, Antonio de. *Libro Primero de las Epístolas Familiares d[e]l illustre señor do[n] Antonio de Guevara* . . . Juan de Villaquiran, 1541.

Harris, William V. *Guerra e imperialismo en la Roma republicana.* Siglo XXI, 1989.

Horacio, *Odas. Canto Secular. Epodo.* Gredos, 2016.

Herrera, Fernando. *Obras de Garcilasso de la Vega con anotaciones de Fernando de Herrera*. Alonso de la Berrera, 1580.

Janik, Dieter. "Ercilla lector de Lucano." *Homenaje a Ercilla*, editado por Luis Muñoz, Universidad de Concepción, 1969, pp. 83–111.

Jáuregui, Carlos A. *Canibalia. Canibalismo, calibanismo, antropofagia cultural y consumo en América Latina*. Iberoamericana, 2008.

Kallendorf, Craig. *The Other Virgil: "Pessimistic" Readings of the Aeneid in Early Modern Culture, Oxford University Press, 2007.*

King, Willard F. "Cervantes' *Numancia* and Imperial Spain." *Modern Language Notes,* vol. 94, 1979, pp. 200–221.

Lucano, M. Anneo. *Farsalia.* Gredos, 1984.

Marco Simón, Francisco. "Intimidación y terror en la época de las guerras celtibéricas." *Formas y usos de la violencia en el mundo romano*, editado por G. Bravo y M. González Salinero, Signifer Libros, 2007.

Mariño de Lobera, Pedro y Bartolomé de Escobar. *Crónica del Reino de Chile*. Imprenta del Ferrocarril, 1865.

Mason, Peter. "La lección anatómica: violencia colonial y complicidad textual." *Foro hispánico,* no. 4, 1992, pp. 131–155.

Máximo, Valerio. *Hechos y dichos memorables. Libros I–IV*. Gredos, 2003.

Morales, Ambrosio de. *Corónica general de España … tomo IV*, Oficina de don Benito Cano, 1791.

Oña, Pedro de. *Arauco domado,* editado por Ornella Gianesin, Ibis, 2014.

Pastoureau, Michel. *Una historia simbólica de la Edad Media occidental*. Katz, 2006.

Plagnard, Aude. "Eyewitness, Hero, and Poet: Alonso de Ercilla in the Three Parts of *La Araucana.*" *The War Trumpet: Iberian Epic Poetry, 1543–1639,* editado por Emiro Martínez-Osorio y Mercedes Blanco, University of Toronto Press, 2023, pp. 165–204.

Orosio, Paulo. *Historias*. *Libros V–VII*. Gredos, 1982.

Rössner, Michael. "¿América como exilio para los valores caballerescos?: apuntes sobre la *Numancia* de Cervantes, la *Araucana* de Ercilla y algunos textos americanos en torno al 1600." *Actas del XII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas* (*Birmingham, 21–26 de agosto de 1995)*, Tomo V, University of Birmingham, 1998, pp. 194–203.

Schmidt, Rachel. "The Development of *Hispanitas* in Spanish Sixteenth-Century Versions of the Fall of Numancia." *Renaissance and Reformation,* vol. 19, no. 2, 1995, pp. 27–46.

Serrano Guevara, Patricio. "El estoicismo de Séneca en *La Araucana* de Alonso de Ercilla." *Anales de Literatura Chilena*, no. 10, 2008, pp. 17–23.

Todorov, Tzvetan. *La conquista de América: el problema del otro.* Siglo Veintiuno, 2003.

Triviños, Gilberto. "Lecturas de *La Araucana:* 'No es bien que así dejemos en el olvido / el nombre de este bárbaro

obstinado'." *Épica y colonia: ensayos sobre el género épico en Iberoamérica (siglos XVI y XVII)*, editado por Paul Firbas, Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2008, pp. 113–131.

Urríes, Hugo de. *Valerio maximo noble Philosopho y orador Romano Coronista delos notables dichos y hechos d[e] Romanos y Griegos acaescidos*…, Miguel de Eguia, 1529.

Vega, Lope de. *Arauco domado*. En: *Comedias,* vol. IX. Turner, 1994.

Vivar, Jerónimo de. *Crónica de los reinos de Chile*. Edición de Ángel Barral Gómez, Historia 16, 1988.

Vitoria, Francisco de. "De Indis." *Doctrina sobre los indios*, traducido por Ramón Hernández Martín, San Esteban, 1992, pp. 103–132.

DATE OF RECEPTION: SEPTEMBER 6, 2024
DATE OF ACCEPTANCE: NOVEMBER 14, 2024